

# D. Ángel Caso

J. Comas

Pocos años después de la famosa desamortización y de la expulsión de los religiosos de España, cuando los pobres labradores de estos contornos comenzaban a sentir el peso de las cadenas que en nombre de la libertad y del amor al pueblo les habían impuesto los flamantes fanegueros, sucesores de la llamada “mano muerta”, había en Romillín un muchacho de aptitudes poco vulgares que ansiaba prepararse con la necesaria instrucción para la lucha de vida, cada vez más penosa y más incierta en su desenlace.

Faltaban ya en Villanueva los mal llamados “frailes” y hubo de acudir a la escuela pública de Cuadroveña, única que con este carácter se conocía en todo el concejo. No sabemos quien sería entonces el encargado de la escuela; pero sea quien fuere, es lo cierto que el “rapaz”, viendo que nada adelantaba, suplicó a su madre que le buscara otro maestro.

En la antigua morada de los monjes benedictinos, habitaba entonces encargado de la cura de almas, un tal D. Jerónimo Pendás, natural de Ribadesella, el cual sin título de aptitud para la enseñanza, sin carácter legal alguno que le acreditase como pedagogo, logró en poco tiempo preparar al muchacho, enterándole de las nociones más indispensables en Doctrina Cristiana, Aritmética, Gramática y Caligrafía. Gracias a él y a sus desinteresados trabajos, Ángel Caso (que así se llamaba el joven), cuando abandonó la casa paterna pudo colocarse en un comercio de la Corte, y en esta población, a fuerza de constancia y honradez ha llegado a conquistar un posición envidiable.

Tales han sido los comienzos del asturiano benemérito, cuyo nombre encabeza estas líneas, famoso en todos contornos, no tanto por sus riquezas, que en esto algunos le superan, cuanto por su espíritu bondadoso y benéfico, por su entusiasmo por la cultura de sus paisanos y por su cariño al rincón que le ha visto nacer; cualidades en las que D. Ángel tuvo pocos que le igualasen y ninguno que llegara a superarle.

En la formación de su carácter y sobre todo de su alma bondadosa, intervino más aún que sus maestros, una pobre aldeana que ha tenido la dicha de ser su madre.

Su primera obra en obsequio de sus paisanos ha sido la hermosa capilla de San José de Romillín, levantada de nuevo con verdadero lujo en el mismo sitio donde se alzaba una pequeña ermita donde rezaba su madre. Allí costó durante muchos años una misa que se celebraba todos los días de fiesta, y a su sombra edificó dos magníficos locales de escuela para niños y para niñas, ayudando con recursos a la primera, atendiendo mientras vivió al sostenimiento de esta última y dejando en muerte un capital para que siga abierta hasta que vengan leyes desamortizadoras que burlen sus legítimos y plausibles intentos.

Cuando acababa de construir estos edificios, el que estas líneas escribe, creyó hacer un beneficio a la cultura general dando a conocer en Asturias las Escuelas del Ave-María, admiración de propios y extraños. Un periódico católico de Oviedo ofrecióle sus columnas para reproducir los escritos inimitables del insigne Manjón; pero esto con ser mucho no era lo bastante. Era preciso que un hombre de recursos hiciera un ensayo, algo de palpable realidad, y este hombre fue D. Ángel Caso. Dificultades que no es del caso referir, impidieron que la escuela de niñas se inaugurase teniendo al frente una maestra del Ave María; pero los maestros de Romillín se hacen discípulos de Manjón, D. José Pedraces, uno de los maestros de prestigios pedagógicos, hace un viaje a Granada par enterarse de aquellos maravillosos procedimientos; vienen de Granada sucesivamente dos maestros y las escuelas de Romillín son las primeras escuelas del Ave María en Asturias, el germen de ese hermosísimo progresar de la enseñanza primaria que sembró el suelo de Asturias de maestros y maestras venidos de Granada.

El mismo Manjón visitó dos veces a Romillín y contándonos por escrito sus impresiones, dice lo que vamos a copiar:

“Me contaba este buen señor (D. Ángel) con la sencillez de un niño y el amor y la ternura de un hijo el siguiente pasaje de su vida.

Cuando yo era joven, venía del comercio a ver a mi madre, siempre que podía, y, al verla en todo tiempo salir por la mañana de casa, y andar un largo y penoso camino, le preguntaba entre jovial y burlón:

-Madre, ¿dónde va a estas horas?

-Voy, hijo mío, donde tú irías, si te dieran un duro...

Ahora que Dios me ha dado algunos duros y he perdido a mi madre, quiero que en aquella ermita donde ella rezaba por mí se diga misa por ella y que los niños que asistan a las escuelas, recen conmigo por su alma bendita”.

¡Qué hermoso es esto! El viernes de la semana pasada en el Convento de Villanueva se celebraban oficios fúnebres por el alma de D. Ángel. Una concurrencia enorme como no he visto igual en aquella iglesia ni siquiera el día de San Pedro asistía a la triste ceremonia, sacerdotes y seglares estaban allí no tanto para cumplir con los vivos, como tantas veces sucede cuanto para honrar al difunto. Muere de 78 años y a pesar de su avanzada edad, se le siente como algo propio como a persona cuya vida es preciosa para muchos. A uno y otro lado del catafalco, haciendo guardia de honor están los niños de las escuelas de Romillín presididos por sus maestros respectivos. Fue aquello una manifestación conmovedora de dolor, de agradecimiento y de cariño.

Entonces yo pensaba en su madre y recé un padrenuestro por su alma. Si no hubiera sido esta pobre mujer el mundo contaría a D. Ángel entre sus víctimas ilustres; pero sus paisanos no le habrán llorado de esta manera.

COMAS, José, “D. Ángel Caso” en *EL Auseva*, Cangas de Onís, 29 de mayo de 1909, año XIX, núm. 948, p. 2.